

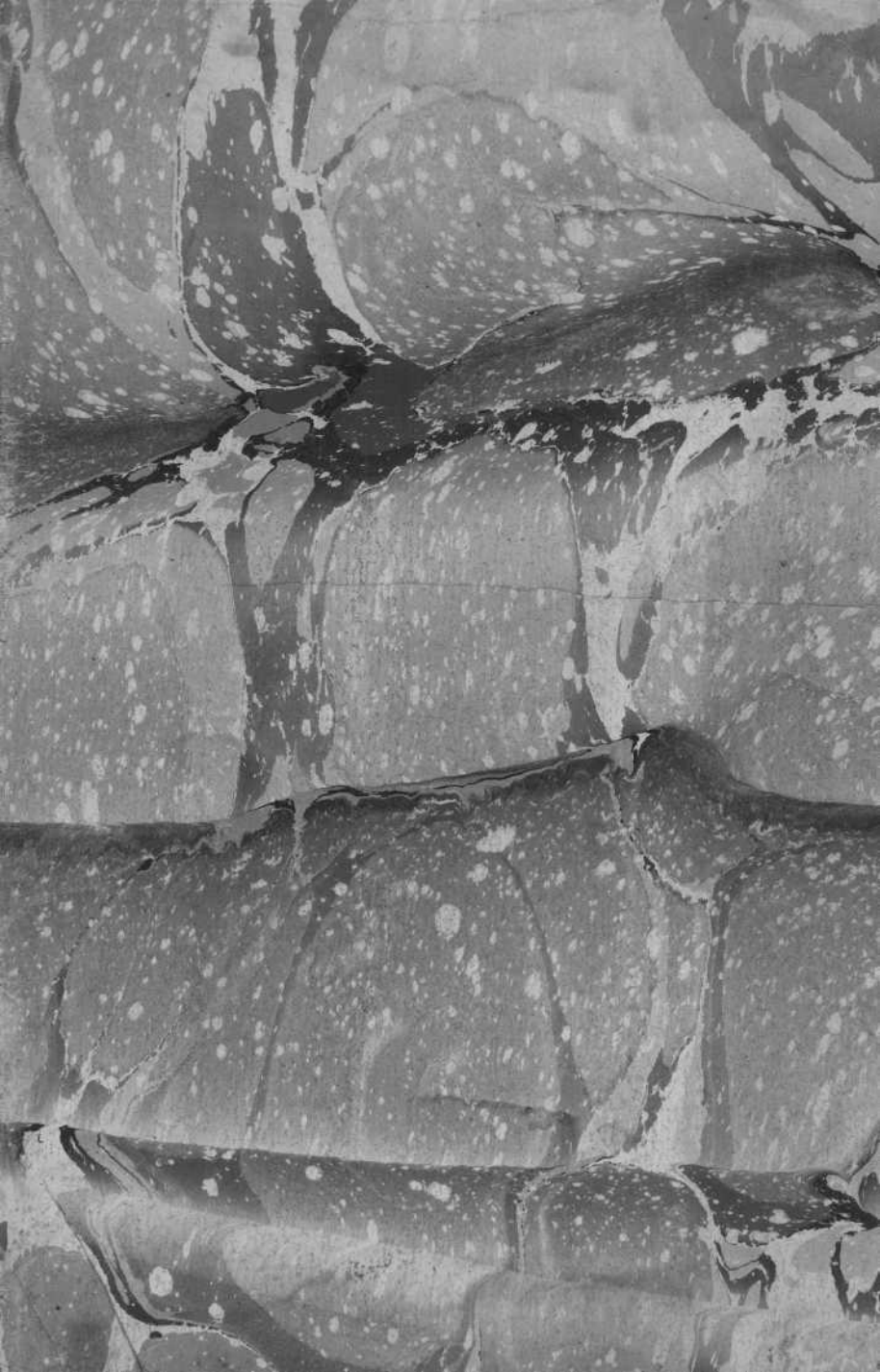
LORENZO VELASCO

Estante

Cajón

Nº





b 15556505

56668

Forno P.

~~2-10~~
15.26

ORACION FÚNEBRE
QUE EN LA SOLEMNE FUNCION
DE HONRAS

que por el alma del Ilustrísimo señor Don FRANCISCO JAVIER ALMONACID, Obispo que fue de Palencia, celebraron sus Sobrinos y principales Familiares en la santa iglesia Catedral de dicha ciudad el dia 17 de setiembre de 1822, aniversario de su fallecimiento,

DIJO

EL DOCTOR DON DOMINGO ALZOLA,
CÁNONIGO PENITENCIARIO DE LA ESPRESADA
SANTA IGLESIA.

VALLADOLID: IMPRENTA DE H. ROLDAN,

1822.

ORACION FUNEBRE

QUE EN LA SOLEMNE FUNCION

DE HONRAS

que por el alma del Ilustrísimo señor Don Francisco Javier Armasain, Obispo que fue de Pamplona, celebraron sus Sobrinos y principales Familiares en la santa iglesia Catedral de dicha ciudad el día 17 de setiembre de 1822, aniversario de su fallecimiento.

Dijo

EL DOCTOR DON DOMINGO ALZOLA

Cánonico Penitenciario de la referida

SANTA IGLESIA.

Via ejus via pulchræ, et omnes semitæ illius pacificæ.

Hermosos son sus caminos, y apacibles todas sus sendas. *Ex lib. Proverb. c. 3. v. 17.*

de la vida en medio de las pasiones sombrías de la muerte, en donde todas quedan opacadas y se nos hace ver su vanidad y fenecimiento.

Si en cumplimiento del fúnebre ministerio que tengo hoy á mi cargo, me dejó ver en este sagrado lugar, no es, amados oyentes míos, para recordaros un suceso que jamás podrá borrarse de nuestra memoria, y que tan profundas impresiones hizo en nuestro corazón: es corto plazo el de un año; el de muchos siglos no bastaría para hacernos olvidar á uno de los mas amables y dignos prelados que ocuparon la silla episcopal de esta santa Iglesia. Ni menos pretendo renovar vuestro sentimiento deteniéndome á ponderar las pérdidas que padecemos con la de una vida, digna á nuestro entender de gozarse por mas tiempo: sin necesidad de mis razonamientos, á cualquiera le será dado conocerlas y sentir las, si quiere reflexionar un poco sobre la importancia del bien que dispensa Dios á los hombres cuando les concede un prelado pacífico, suave, dulce y benéfico. Ni vengo finalmente con intencion de sorprenderos, presentando á vuestra vista la imagen del Ilustrísimo señor don Fran-

cisco Javier Almonacid, adornada con las flores de los aplausos, honores y dignidades de que se vió colmado en toda la carrera de su vida, desde los primeros pasos que dió en ella hasta haberla consumado gobernando felizmente la grey de Jesucristo. ¡Ah! Señores: qué temeridad no sería intentar que brillasen las honras y glorias de la vida en medio de las pavorosas sombras de la muerte, en donde todas quedan obscurecidas, y se nos hace ver su vanidad y fenecimiento! Si en el cuadro que voy á formar de las virtudes de nuestro ilustrísimo difunto, apareciesen algunos de aquellos rasgos que tanto excitan la atencion y avidez de los hombres, no les he dibujado ciertamente con el fin de que seais vanos espectadores ó admiradores de ellos; sino con el de hacerlos servir á vuestra edificacion, y para que instruidos con el egeemplo de vuestro pastor os apliqueis á imitarle en el buen uso que hizo de los talentos, honores y destinos que le depa- ró la Providencia, y que él siempre consideró como medios que le ordenaba para egercitar la virtud y merecer la felicidad eterna.

Este es todo el espíritu que anima á mi discurso, y tales los fines que se han propuesto los señores sobrinos y principales familiares del héroe á quien se dirige, tributándole estos respetos y honores fúnebres en el dia del aniversario de su muerte. Queriendo pues dar un testimonio público de su constante gratitud y piedad, despues de ofrecer al Todo poderoso el sacrificio de expiacion, sus votos y oraciones por el descan-

so eterno de su amado tío y venerado señor, se valen del ministerio de mi débil voz, para que haga manifiestas sus obras de virtud en cuanto puedan interesar á la edificacion y bien espiritual del pueblo fiel y devoto. ¡Oh qué encargo tan delicado! ¡Qué ministerio tan difícil de desempeñarse dignamente! Los oradores mas sábios temieron siempre egercitarse en él. Y es la razon: porque mientras nuestras acciones y virtudes están sujetas al juicio de los hombres por no haberle fijado la autoridad de la Iglesia, pocas veces sucede que el de los unos esté de acuerdo con el de los otros. ¿Y éste no es un escollo que debe de temer el orador mas sabio y egercitado, que su juicio esté ya prevenido y tal vez poco conforme con el de los oyentes? Por lo que á mí toca confío en que le he de salvar, atendida la piedad de mi auditorio, la rectitud de mis intenciones, la fidelidad que debo á mi ministerio, y la notoriedad del mérito y arreglada conducta del ilustrísimo señor don Francisco Almonacíd; á que no podrá contradecir la crítica mas severa. No me oireis inútiles y afectados lamentos, ni aquellas exageraciones que desfiguran la verdad, é inducen á los oyentes á que formen del héroe un juicio superior al que se merece: antes puedo temer el que me falten ideas y expresiones para dar á conocer al de mi elogio por su verdadero carácter, y que quede defraudado en parte del concepto y alabanzas á que le hacen acreedor sus méritos y virtudes. Estoy bien persuadido, señores, á que hablando del señor

Almonacíd, todos convendreis conmigo si os digo que fué un *varon de paz*, y que adornó todas las sendas que siguió en la carrera de su vida con los hermosos caracteres de tan preciosa y amable virtud. Si, como espero, convenis conmigo en esta idea, será preciso que vayamos de acuerdo en todo lo demas que es consiguiente á ella. Casi con los mismos términos con que os la he propuesto, trazó el Espíritusanto en el libro de los Proverbios los caminos de la celestial sabiduría, es decir de la virtud, llamándolos hermosos y agradables; y suaves y apacibles á las sendas por donde se dirige el varon sábio y virtuoso. *Via ejus via pulchræ, et omnes semitæ illius pacificæ*. Palabras que se le ajustan perfectamente á nuestro Ilustrísimo difunto, que expresan con bastante claridad su carácter, y que prestarán materia al discurso que con el divino auxilio empezaré para su elogio y vuestra edificacion, y para el que os pido una atencion favorable.

Muchas, grandes y muy singulares son las excelencias y prerogativas que en las santas escrituras se atribuyen á la paz: de donde podemos inferir que no es pequeño elogio el que se hace de una persona de quien se dice que es pacífica. Hermosos dice el Sábío que son los caminos de la celestial sabiduría, y pacíficas todas sus sendas: con lo que nos quiere dar á entender, que la paz es uno de los mas bellos é inseparables atributos de la virtud, y el mayor atracti-

vo que lleva siempre consigo para mover suavemente á los hombres á que la amen y sigan. *Via ejus viæ pulchræ, et omnes semitæ illius pacificæ.* Con la paz adornó su cuna el hijo de Dios humanado, en su seno nació, y ella fue el primero y mas precioso don que trajo consigo al mundo, y el que en su nacimiento anunciaron con músicas celestiales los ángeles á los hombres. Con la paz saludaba siempre á sus discípulos aquel maestro soberano; á su amor y conservacion les exortaba frecuentemente; y porque se la concediese rogó tiernamente á su eterno Padre cuando estando ya cercano á la muerte le dijo: *dadles que sean entre sí una sola cosa en el espíritu, así como lo somos nosotros por naturaleza y esencia.* Con la paz finalmente, con la dulce paz consigue el hombre la bienaventuranza de que es capaz sobre la tierra, y es elevado á la altísima dignidad de hijo de Dios, como nos lo enseña nuestro divino Salvador: *„bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.“* A vista de esto, ¿qué mas puede decirse en elogio de una persona que el que posee una prenda de tanto valor y estima, tan querida y recomendada del Hijo de Dios, que él mismo nos mereció, y que tanto honra y engrandece al hombre? Con efecto, si yo acertase á probar que nuestro obispo difunto el Ilustrísimo señor don Francisco Javier Almonacid habia logrado la dicha de poseerla, ¿qué me restaba ya que decir en su alabanza? Esto es no obstante lo que me he propuesto, y estoy empeñado en demostrar, tomando las prue-

bas de sus mismos hechos, que son las mas evidentes y eficaces.

Pero antes de entrar á exponerlas para dar orden y claridad á cuanto haya de decir, debo de suponer que no siendo otra cosa la paz, segun la define San Agustin, que aquella tranquilidad y dulce calma que le resulta al humano corazon del arreglo y subordinacion de sus afectos y apetitos; llamar á un hombre pacífico es suponerle adornado de todas aquellas virtudes, sin las que no puede subsistir este orden dichoso, y á las que toca mas de cerca contener los ímpetus violentos de las pasiones y apetitos desordenados del amor propio. Cuales sean estas lo declaró Jesucristo á sus discípulos cuando instruyéndolos en las que debian de practicar para hallar la paz y sosiego de sus almas les dijo: *aprended de mi que soy manso y humilde de corazon.* Asi que, mansedumbre, humildad, benignidad y dulzura son los caracteres con los que mas claramente se da á conocer la paz del corazon; y el egercicio de estas virtudes el medio mas eficaz para conseguirla. *Discite à me quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris.* Sobre tan firme fundamento establezco mi proposicion de que, el héroe, á quien preconizo, fue un varon sólidamente pacífico. Para su prueba y demostracion bastará echar algunas ojeadas sobre la dilatada y brillante carrera de su vida, y adonde quiera que inclinemos la vista advertiremos que no dió un solo paso que no dejase impresas señales claras y expresivas de aquella

profunda paz que dominaba en su corazón. *Via ejus via pulchra, et omnes semitæ illius pacificæ.*

Omitamos su nacimiento de nobles y piadosos padres en Talayuelas, pueblo de la diócesis de Cuenca, su cristiana educación en la doctrina de la fe y temor santo de Dios, y sus primeros ensayos en la carrera de las letras con el estudio de la gramática, en donde empezó á dar muestras de su aplicación y talentos. Omitamos todo esto, para observarle desde luego dedicado al estudio de las ciencias de alumno y profesor en el Seminario conciliar de la ciudad de Cuenca. Dejemos que admiren sus condiscípulos, que aplaudan sus maestros, y que celebren todos, los que presenciaron sus actos y ejercicios literarios, la superioridad de sus luces, sus progresos y adelantamientos: nosotros, sin necesidad de oír á ninguno de estos, no podremos menos de persuadirnos á que fueron grandes, sabiendo que á pocos años de profesor en las facultades de filosofía y teología ya se le halló digno de ser elegido para enseñarlas, subiendo con pasos muy rápidos y casi imperceptibles de la clase de discípulo á la de catedrático y maestro en esta última facultad, en la que recibió con aplauso el grado de doctor. Correspondió cumplidísimamente nuestro Don Francisco á la elección que de él se había hecho para la enseñanza pública, dando pruebas nada equívocas de su instrucción y de su celo en los conocidos aprovechamientos de los que con aplicación oían sus lecciones.

Era consiguiente, y estaba en el orden, que

un jóven, tan distinguido por su mérito literario, se captase la reputacion y aprecio de cuantos le conocian, y particularmente la de sus superiores, quienes habian concebido de él las mas lisonjeras esperanzas. ¿Y qué no hicieron para verlas realizadas y cumplidas? El obispo de Cuenca se apresuró á abrirle las puertas del santuario, confiriéndole todos los órdenes sagrados antes de salir del seminario. ¿Y á qué destina á este nuevo sacerdote? ¿Qué ministerio le confia? Bien convencido se hallaba aquel prelado de que para cualquiera era el mas capaz é idóneo; pero la divina Providencia, que todo lo rige y gobierna sábia y admirablemente, dispuso las cosas de un modo mas conducente á los altos fines á que destinaba á aquel nuevo ministro suyo: y á la manera que el diestro diamantista cuanto mas fino es el diamante y mas primorosa la joya en donde piensa engastarle, tanto mas le pule y cincela para sacarle todo el brillo y preciosidad que oculta en su fondo, á este modo quiso Dios hacer mas brillante y profunda la ilustracion de aquel que algun dia habia de resplandecer como astro luminoso en el firmamento de la Iglesia, proporcionándole los medios de adquirir nuevos conocimientos en las ciencias, ó de perfeccionarse en los que ya tenia adquiridos.

No podia abrírsele un camino mas pronto y espedito para llegar al logro de estos objetos que el de haberle nombrado, como lo hizo el ilustrísimo señor obispo y cabildo de la santa iglesia de Cuenca para una beca del célebre colegio

mayor de san Clemente de Bolonia. Esta eleccion presupone la ventajosa idea y esperanza que de Don Francisco Almonacid habian concebido las personas de mas alta consideracion que le conocieron y observaron desde su ingreso en la carrera de las letras; y que no se equivocaron tan sabios y discretos electores en el juicio que les gobernó en ella, lo acreditó muy luego la esperiencia.

Con efecto, poco tiempo habia que el nuevo colegial se hallaba en Bolonia, cuando mereció el honor de que el senado de la misma ciudad á consulta de su colegio y Universidad le nombrase para una cátedra de teología de ella. Buena prueba, y nada sospechosa, del crédito y reputacion que desde luego supo grangearse en una nacion estrangera. No parece sino que le eran inherentes los aplausos y los honores, ó que por todas partes le salian al encuentro. Y de aqui podemos inferir por una necesaria consecuencia el grado de perfeccion á que subiria su instruccion, constituido nuevamente y en mayor empeño de aplicarse al estudio con mas intension y esmero para desempeñar las funciones de catedrático, y no desmerecer en los actos y ejercicios públicos el gran concepto que habia alcanzado en un pais estrangero. No le desmereció ciertamente, antes cada dia tomaba mas incremento, asi como crecia tambien su ilustracion y perfeccion en las ciencias con el continuo ejercicio de enseñarlas. Ni le bastó á nuestro colegial mayor y catedrático de teología el profundo estudio que hizo en esta

facultad, sino que, sin perderla de vista, aprovechó sus talentos y cuantas proporciones le ofrecia la Italia para decorar su entendimiento con algunos conocimientos de otros ramos de literatura; y merece particular mencion su dedicacion al estudio del derecho canónico, en cuya facultad igualmente instruido que acreditado recibió por la universidad de Bolonia la borla de doctor con el mismo lucimiento y aplauso con que se le habia conferido en España la de teología, enlazándose las laureolas de estas dos facultades para que le sirviesen á un tiempo de ornato y público testimonio de su instruccion en las ciencias.

Vosotros, señores, que guiados de mi voz habeis seguido con tanta complacencia á nuestro héroe en toda su marcha por la brillante carrera de las ciencias, sabreis tributar á su mérito literario el justo aprecio á que induce la narracion de unos hechos públicos y auténticos, que sencillamente he espuesto á vuestra consideracion, sin haberles dado ningun realce ni energía con mis reflexiones ni otros adornos de la elocuencia. Pero dejemos de entretenernos con las flores que adornaron las sendas por donde hasta aqui le vimos caminar, y que ha mareitado ya la pálida mano de la muerte, y apliquémonos, imitando su ejemplo, á recoger los dulces frutos de mansedumbre, de humildad, de moderacion y de modestia que supo sacar de ellas, haciéndolas servir de materia para el ejercicio de unas virtudes tan preciosas, como delicadas y difíciles de conservar entre los aplausos y honores humanos.

Y á la verdad, ¿qué difícil no es, y cuán pocas veces sucede que un hombre en su temprana edad, reputado y aplaudido de sabio, tenga tan á raya y sometidas sus pasiones, que no le conmueva el viento de la presuncion y de la arrogancia? Pues entre estos hombres, pocos y raros, fue singular nuestro Ilustrísimo difunto. En medio de la mucha reputacion de que gozaba, lejos de mostrarse ufano, presuntuoso y engreido (vicios propios de almas bajas y apocadas) su grande ánimo siempre se sostuvo tranquilo é imperturbable. El aire de la vanidad, que tanto hinche el corazon de los que son reputados ó presumen de ilustrados, si alguna vez batió, jamás trastornó el suyo, ni alteró aquel orden y concierto admirable de sentimientos y afectos que constituye á la verdadera paz. Parece que traia siempre en la memoria, mejor diré, grabada en lo mas íntimo de su alma, para que le sirviese de regla en toda su conducta, aquella sentencia del Eclesiástico: *In die honoris tui ne extollaris*: no te exaltes en el dia en que te vieres honrado. Gobernado por tan santa máxima, cada dia y cuanto mas honrado y aplaudido se veia, tanto se mostraba mas modesto, mas afable, mas dulce, mas cariñoso con sus compañeros y coetaneos, y hasta con sus inferiores y discípulos, de quienes todos siempre fue singularmente querido y estimado por estas tan bellas y apreciables cualidades, las que con particular empeño cuidó de conservar y perfeccionar con el mismo progreso con que abanzaba á los mas altos y lustrosos mi-

nisterios. *Viæ ejus viæ pulchræ, et omnes semitæ illius pacificæ.*

Ya pues llegó el tiempo en que la madre Patria reclamase á un hijo tan digno de que le retuviera en su seno, y la Iglesia de España un ministro que algun día habia de ser uno de sus mayores ornamentos. El señor Almonacíd regresa al nativo suelo, y al punto empieza á hacer valer el rico caudal de ciencia y de virtud que habia atesorado en los dos colegios, seminario de san Julian de Cuenca, y mayor de san Clemente de Bolonia. Cualquiera cabildo de la nacion se hubiera complacido de tenerle incorporado á sí, como lo manifestó el de Málaga, proponiéndole á su Magestad para una prebenda de oficio de su Catedral en consideracion al mérito y lucimiento de sus ejercicios de oposicion, y á las demas sus recomendables circunstancias; pero estaba reservada al de Salamanca la dicha de poseerle, como se verificó habiéndole conferido en el año de mil setecientos y ochenta la canongía magistral de aquella santa iglesia, no sé si diga por aclamacion, pues fue elegido casi con unanimidad de votos. ¡Oh qué campo tan dilatado descubro aqui, si fuera posible en breve tiempo recorrerle todo!

Dicha llamé, y no debo de retratarme, la de un cabildo que abriga dentro de sí individuos de las prendas que reconoció el de Salamanca en su nuevo magistral, y que por públicas pudieran omitirse, á no ser que nunca está demas el que se repitan los buenos egemplos. ¿Se desea un prebendado de un exterior naturalmente gra-

ve y respetoso, modestamente franco en sus modales, afable sin afectacion, abstraído de concurrencias y negocios mundiales, y observante de los cánones y disciplina de la Iglesia? ¿Un prebendado exacto en la residencia, puntual en el coro, modesto en la silla, devoto en el cántico y en el rezo, fervoroso en el altar, y elocuente en el púlpito? Tal fue el señor magistral de Salamanca Almonacíd. ¿Hay mas que desear en un prebendado para calificarle de bueno y recomendable? Sí señores: hay que desear todo lo demas que fue el señor Almonacíd: es decir, pacífico en los cabildos, juicioso en sus dictámenes, moderado en el modo de exponerlos, imparcial en los votos, justificado en las elecciones, celoso de los justos derechos de su corporacion, y activo y eficaz en el desempeño de sus encargos y comisiones. De todo este aparato de virtudes, que hacen á un prebendado singularmente recomendable, estuvo adornado el de Salamanca Don Francisco Almonacíd. Pero entre ellas la que mas brillaba, la que forma su caracter peculiar, y á la que podemos llamar el resorte que daba impulso y ponía en movimiento á las demas, para que todas sus acciones fuesen bien concertadas, era aquella apacibilidad y amable dulzura con que se insinuaba en los corazones, les ganaba y atraía hácia sí como con un fino imán.

Con prendas tan halagüeñas, no pudo menos de captarse el aprecio y la confianza de sus preladados y cabildo, quienes á competencia le hon-

raron con las mas graves é importantes comisiones, particularmente con aquellas que por su objeto requerian un sugeto, sobre ilustrado, dotado de prudencia, benignidad y dulzura. Tales fueron, omitiendo otras muchas y muy honoríficas, la de comisario de la casa de recogidas, cuyo instituto es dar auxilio oportuno á las mugeres, que habiendo vivido mal, quieren reconocidas reparar con una vida penitente sus pasados extravíos: y la de diputado del colegio titulado de Carvajal, que tiene por principal objeto la educacion de niños pobres húerfanos. ¡Oh qué objetos tan dignos de la atencion de un eclesiástico ilustrado y celoso! Si solo el mirarlos desde lejos conmueve el corazon menos sensible, ¿qué sucederia al piadoso y tierno de Don Francisco Almonacid, teniéndolos siempre á la vista, y hallándose continuamente ocupado de ellos? ¡Ah! ¿Quién no compadece la situacion de una desgraciada muger, á quien la seducccion, el interés, ó su propia flaqueza precipitaron de un solo golpe en la afrenta, el deshonor y el pecado? ¿Quién pudiendo no abre los brazos para acogerla, cuando á impulso de los interiores movimientos de la gracia busca un retiro donde llorar sus culpas, porque ó la vergüenza de comparecer en público, ó el temor de sucumbir á las mismas tentaciones y peligros que la condugeron á la espantosa sima, donde yace sumergida, la impiden el paso para la penitencia? ¡Felices mugeres! las que sinceramente reconocidas solicitan y encuentran franca la entrada en una casa de mi-

sericordia, establecida con el piadoso fin de recogerlas y ampararlas. ¡Y mas venturosas! las que la hallan gobernada por un eclesiástico como Don Francisco Almonacid, prudente, benigno y compasivo. Por grandes pecadoras que hubiesen sido las que llegaban á acogerse á la sombra de su proteccion, no tenian que temer el que las recibiese de un modo capaz de sonrojarlas y entristecerlas; antes á imitacion de Jesucristo, de quien era digno ministro, lo hacia con tanta prudencia, compasion y dulzura, que las inspiraba nuevo aliento para sostenerse en la santa resolucion que habian tomado de retirarse á aquel asilo de penitencia á llorar sus culpas en el silencio; y amargura de su corazon.

No fue menos recomendable su celo en el régimen y direccion de aquella santa casa. Cuidaba con la mas rígida escrupulosidad de la observancia de su piadoso instituto, y acudia con oportunos remedios á todas las necesidades espirituales y corporales de las que le habian abrazado; supliendo mas de una vez y en casos de apuro con sus liberalidades y limosnas secretas la falta de otros recursos para socorrerlas.

¿Quien asi obró en la casa de recogidas, qué no haria en el colegio de Carvajal? ¡Ah señores! Otro objeto nos viene aqui á la vista no menos digno de conmiseracion y ternura; los niños pobres huérfanos. ¡Infelices criaturas! sin padre, sin consuelo, sin abrigo, sin sustento, sin educacion civil ni cristiana: expuestos á ser víctimas á un tiempo del desamparo, del hambre, de

la desnudez y del vicio, ¿adónde os acogereis acosados de tan dura calaminad? ¿Adónde? al colegio de Carvajal. Sí, al colegio de Carvajal. Allí encontrareis en su caritativo diputado un padre, que os ha subrogado la Providencia en lugar del que os ha robado la muerte, no menos cuidadoso y solícito para proveer de todo lo necesario á vuestra subsistencia, educacion y enseñanza. A todos estos objetos extendia su atencion y solícitud; pero con tal interés y esmero cual solo pudo haber en la prevision y esperanza del ilustradísimo cabildo de Salamanca cuando confió á su celo tan graves é importantes encargos.

No fueron solos estos lugares de piedad y misericordia el teatro donde egercitó sus virtudes. Preguntemos á Salamanca, y nos dirá que á penas hubo establecimiento ni congregacion piadosa, monasterio, casa familia ni persona, que de algun modo no experimentase los efectos de su bondadoso corazon. Su trato dulce y afable le hacia accesible á toda clase de personas. Asi es, que no habia alguna que con la mayor confianza no se le acercase á exponer sus necesidades, convencida por experiencia de que teniendo arbitrios encontraria seguro en él su remedio; socorro en la indigencia, alivio en la afliccion, consuelo en la tristeza, reconciliacion en la enemistad y paz en la discordia. Preguntémosla... ¿Pero qué esperamos oír mas de Salamanca, que lo que nos dijo cuando le vió desamparar su suelo? En aquel momento manifestaron sus habitantes sin ficcion ni lisonja y como por una especie de

natural impulso el sumo amor que le profesaban, lamentando su ausencia como una pérdida irreparable, y digna de sentirse con el mas vivo dolor. Pero si Salamanca se entristece, Palencia se regocija con la plausible nueva de hallarse nombrado para la mitra y obispado de su santa iglesia el benemérito señor Don Francisco Javier Almonacid.

Muy distante se hallaba este digno eclesiástico de desear, mucho mas de solicitar un ministerio formidable á los mismos ángeles, y al que él llegó conducido solamente por sus méritos y virtudes. La noticia de su promocion no alteró la paz de su espíritu; y si sintió alguna conmocion fue de temor de si tendria que aceptar un cargo, del cual él no se creia digno. Tan pequeño era el concepto que de sí tenia, ó tan grande su humildad. ¡Oh qué prenda tan necesaria en un obispo, para hacerle mas atento y solícito sobre las inmensas obligaciones que le impone su dignidad! El que se cree apto para cumplirlas, ó no las conoce, ó es un presuntuoso temerario, que por esto solo, dice santo Tomas, se hace indigno de la prelación. Nuestro Ilustrísimo no entró en ella sino despues de muchas consultas, consejos y persuasiones de personas graves, doctas y timoratas, y de continuos recursos en fervorosas oraciones al Padre de las luces, para que se dignase hacerle entender su voluntad; pues solo conociéndola podia fundar confianza de recibir de su misericordia los auxilios y gracias necesarias, para corresponder

fielmente á la de su vocacion.

Al llegar á esta parte de mi discurso confieso, señores, que me hallaria tímido y acobardado si le dirigiese á personas, que habiendo sido testigos de la conducta episcopal del señor Almonacíd, y especulado todos los pasos que dió en en este último tramo de su vida, careciesen de la ilustracion y discernimiento, que debo de suponer en los que me oyen para saber apreciar los mas subidos y acendrados quilates de la virtud. Porque es innegable, que la mas sólida y fina no es siempre la mas apreciada, y que hay ojos tan groseros, que no la perciben, especialmente en sugetos de elevado caracter, si no se les presenta bajo de un exterior pomposo, y ocupada en acciones brillantes. Yo convendré desde luego y de buena fe, en que el pontificado del Ilustrísimo Almonacíd no nos presenta hechos de aquellos, que con un brillo y lucimiento sensible deslumbran la vista, y excitan la admiracion, las mas veces estéril, de los espectadores: pero tampoco tendré reparo en aplicarle el elogio que hace la divina escritura de Asa, hijo de Abias, reyes de Judá, de quien dice: que obró lo que era bueno y agradable á los ojos de su Dios, y que gobernó en paz á sus súbditos. *Fecit quod bonum et placitum erat in conspectu Dei sui, et regnavit in pace.*

Tal elogio se merece un obispo, que en todas las obras y funciones de su ministerio consulta la voluntad de Dios, y toma por regla de su conducta la rectísima de su santa ley, desen-

tendiéndose de los juicios de los hombres cuando no son conformes á ella. *Fecit quod bonum et placitum erat in conspectu Dei sui.* Tal elogio es debido á un pastor de las almas que para dirigir su rebaño por las sendas seguras de la virtud, y apartarle de los derrocaderos y precipicios del vicio, maneja siempre el cayado con mansedumbre, benignidad y dulzura. ¡Oh qué efectos tan prodigiosos no obra una conducta semejante! ¡Qué frutos tan sazonados y ópimos no se recogen en la heredad de Jesucristo, cuando es cultivada por obreros, á quienes ánima un celo prudente, suave, dulce y benéfico! Este, que fue el que Jesucristo pontífice soberano inspiró á sus discípulos, reprendiéndoles cualquiera otro que no era conforme á su espíritu de amor y dulzura, aun cuando querian valerse de él para vengar los ultrages hechos á su maestro; este celo dulce y amoroso caracterizó á nuestro Ilustrísimo difunto.

No bien habia llegado á esta capital, y empezó á recibir los primeros obsequios de urbanidad y política debidos á su dignidad y persona, ya manifestó y todos conocimos su caracter dulce y amable en la afabilidad, agrado y placenteras expresiones con que á todos recibia y contestaba. A ninguno por humilde y pobre que fuese, no diré desdeñó (que esto lo hubiera mirado su Ilustrísima como un crimen) pero ni que dejó de admitir á su vista con benignidad y aprecio, complaciéndose, y aun llegaba á enternecerse, al ver el modo natural y sen-

cillo con que los mas rústicos expresaban sus interiores afectos, mirándole como el indicio menos equívoco de su ingenuidad y candor. No fue otra su conducta en esta parte despues de haberse dedicado á los graves negocios y penosas funciones del obispado. Mas bien queria sufrir la importunidad y pesadez de muchos, que intempestivamente entraban á hablarle, que esponerse á peligro de no oír á uno solo que con necesidad pudiera intentarlo.

Esta franqueza, que san Agustin no acababa de alabar en san Ambrosio, de hacerse accesible á toda clase de personas aun cuando se hallaba trabajando escritos de la mayor importancia, esta franqueza digo la consideró nuestro obispo como indispensable para cumplir con el oficio de buen pastor, por quanto le proporcionaba el que conociese á sus ovejas y ser conocido de ellas, conforme al egeemplo de Jesucristo, maestro y modelo de buenos pastores. *Ego sum pastor bonus, et cognosco oves meas, et cognoscunt me meæ.* Y á la verdad, que este conocimiento es un medio muy eficaz para conciliar aquel amor y confianza que debe de haber entre el pastor y las ovejas, para que éstas, como dice el evangelista san Juan, oigan con docilidad y obedezcan la voz de su pastor, ya se la dirija de palabra, ya por escrito, ó bien por el intermedio de sus subalternos: y para que sin temor ni sobresalto acudan á esponerle sus necesidades y aflicciones en aquellos casos apurados y de reserva, en que debe de intervenir

su autoridad inmediata, porque ninguna otra inferior alcanza á remediarlas. Lo cual con dificultad podrá conseguir un obispo que vive como sacramentado en el santuario de su gabinete, sin ser visto ni oído no siendo por especial privilegio. ¿Qué harán pues sus pobres feligreses, cuando se vean agoviados con el peso de graves necesidades espirituales ó corporales? ¿Qué harán? Yo lo diré valiéndome de la frase de san Mateo: *Vexati et jacentes sicut oves sine pastore*. Sucumbir á la carga y echarse fatigados como ovejas sin pastor.

Por motivos tan justos y laudables, y por no dar á nadie la mas ligera y remota ocasion de sentimiento ni queja, por el eficazísimo deseo que tenia de mantener paz con todos, se prestaba facilmente á que le viesen y hablasen, no siendo en tiempo que le fuera absolutamente necesario para acudir á otros objetos de mas interese y urgencia, y que no sufrian dilacion ni demora. Pero si no pedian tan pronta egecucion, se le vió suspenderlos muchas veces aun á costa de la incomodidad y molestia de tenerlos que evacuar á horas mas intempestivas. ¿Qué pruebas pueden desearse mas decisivas del caracter dulce y amable del Ilustrísimo señor Don Francisco Javier Almonacid? ¿Qué mayor prontitud de ánimo? ¿Qué disposiciones mas benéficas? ¿Qué demostraciones mas halagüenas, para atraer á sus súbditos, é inspirarles confianza de que serían oídos, atendidos y bien despachados en los casos en que les fuese preciso ó conveniente el hablarle?

Sin embargo de todas estas buenas cualidades dignas de un obispo, ninguno mereceria ser elogiado por ellas, que no las hiciese servir para utilidad general de su rebaño; á quien sin ninguna reserva, dice san Pablo, debe de estender su solicitud y vigilancia. *Attendite universo gregi.* Su celo debe de ser tan universal y ardiente como los rayos del sol, que no hay lugar tan escondido, aldea tan pobre, ni choza tan humilde, en donde no penetren y comuniquen sus benignas influencias. El buen obispo no debe de satisfacerse con oír y proveer de congruente socorro á los fieles que en sus necesidades vienen á pedirle á su casa: estos son los menos. Debe de preveer las de todos, y hacer que tengan preparado á la mano el remedio si las padeciesen; ó por mejor decir, debe de tomar las precauciones necesarias para que, si posible es, no las padezcan. Porque los males particularmente los del espíritu con mas dificultad se curan que se precaven. ¡Ah! si la ignorancia y la preocupacion llegan á apoderarse del entendimiento, ¿qué luz será tan viva y tan clara que las pueda disipar? Si el vicio y la perversa costumbre se arraigan en el corazon, ¿qué fuerza bastará para arrancarles? No hay que dudarlo; si muchas almas se hallan en tan lastimosa situacion y casi insanables en sus dolencias, puede atribuirse en mucha parte á que las faltó en tiempo un eficaz preservativo, es decir la luz de la sana doctrina, para que no errasen del camino de la verdad y de la justicia. Por esta razon se

encarga y reencarga tanto en las santas escrituras y concilios á los pastores de las almas, que apacienten sus ovejas con el pasto saludable de la divina palabra, hasta hacerles reos de su sangre, y lo que es mas terrible de la de Jesucristo, con que las redimió, si por su descuido é indolencia pereciese la menor de ellas: ¡O qué cargo! ¡qué responsabilidad tan formidable!

Nuestro Ilustrísimo difunto tuvo siempre el mayor cuidado de ponerse á cubierto de ella, cumpliendo con toda exactitud con esta obligacion principal y la mas importante del ministerio pastoral. Y aunque sea verdad, que frecuentemente no lo hiciese por sí mismo, porque la multitud y gravedad de negocios, que le ocupaban, y otras legítimas causas, que se expresan en el cánón décimo del cuarto concilio Lateranense y en el Tridentino, no se lo permitian; tambien es cierto, que conforme á las disposiciones de los mismos concilios procuraba con el mayor esmero el que se desempeñase un deber tan sagrado no solo en la capital, donde abundan predicadores sábios y celosos, que distribuyen sin cesar el saludable manjar de la divina palabra, sino tambien en los pueblos y aldeas mas pequeñas, ó por medio de los párrocos, recomendándoles la estrecha obligacion, que esencialmente les incumbe por su oficio, de instruir al pueblo en la doctrina de la religion, y de exortarle al amor y séquito de la virtud, y al horror y aversion del vicio, ó por el de otros

ministros idóneos, según lo pedían las necesidades y permitían las circunstancias. Y es bien público y de la mayor edificación, que en la santa visita que hizo general de su vasto obispado, hacia que le acompañase siempre un varón de conocida ciencia, virtud y celo, con destino á predicar la divina palabra. Ojalá que motivos tan justos no hubieran sido parte para privarnos del placer de oírle muchas veces en el púlpito. Las que lo logramos no pudimos menos de admirar, no sé cual mas, si la solidez y utilidad de su doctrina, ó la unción de su estilo elegante, natural y persuasivo. Bien se deja conocer en las pastorales que ha circulado, y hasta en sus oficios y escritos familiares.

Pero tampoco podemos decir, que el señor Almonacíd no predicase con frecuencia. Si no lo hacia en el púlpito por las razones sobredichas; las conferencias y pláticas, que continuamente tenia en las audiencias privadas, que daba á los fieles tanto en la capital como en los pueblos que visitaba, equivalían á muchos y buenos sermones por el abundante fruto que de ellas sacaba con la suavidad, dulzura y eficacia con que les aconsejaba, exortaba y movía al cumplimiento de sus obligaciones cristianas y civiles, según el estado, condicion y calidad de cada uno. Yo no dudo de que es muy útil este modo de predicar, con el cual ni el deseo de lucir y agradar de parte del orador, ni la curiosidad de los oyentes pueden malograr el trabajo y fruto del sermón. Pero no cortemos el hilo del discurso. Quien

con tanto celo desempeñó este deber, ¿cómo pudo menos de cumplir igualmente con los demás de su vocacion? Si no temiera que pareciese demasiada exageracion, no me contentaria con decir que el señor Almonacid habia sido celoso, añadiría inmoderado, en el trabajo que se tomaba, ocupando sin interrupcion muchas horas y las mas intempestivas para el examen y despacho de los negocios. Pero tambien pudiera decir, que en cierta manera quedaba recompensado con el acierto y buen efecto de sus resoluciones y providencias. Y cualquiera que fuese el resultado de tan ímprobos y penosas tareas, no nos admiraria que las hubiese emprendido y arrojado en el tiempo, en que su complexion sana y robusta le podia esforzar á desafiárlas sin temor de sentir sus impresiones; lo que no acabaremos de ponderar y encarecer como merece, es lo que con tanta edificacion como lástima le vimos egecutar en una situacion enteramente contraria y al remate de sus dias. Sí, nosotros le vimos brumado ya con el peso de los años y de continuos y mortales accidentes, que no tardaron en acabarle la vida, concluir la visita de esta santa iglesia, y administrar el sacramento de la confirmacion á un excesivo número de personas. ¿Pero con qué trabajo? ¿Con qué fatiga? Si atendemos á su apacibilidad y sufrimiento, diremos que con ninguna; pero Dios lo sabe, que es justo remunerador de lo que el mundo no conoce ni estima. Lo mismo esperamos que le habrá sucedido con otras obras hijas de su

caridad y de su celo. No brillan, es verdad, á la vista de los hombres, porque con particular estudio procuraba ocultarlas de ella, y se reservaba si era posible de que *viese su mano sinizquierda lo que obraba la derecha*: temiendo á la vanidad, que es el gusano roedor del fruto de nuestras buenas obras, y el ladron, dice san Gregorio, que nos acecha para robarnos el tesoro de sus méritos, cuando las llevamos de manifiesto.

Este era el tiempo de sacar á luz sin temor de causarle rubor y de ofender su modestia lo que él deseaba que permaneciese sepultado eternamente en el centro de la obscuridad. Este era el tiempo de avergonzar á la mordacidad y rabiosa envidia, si fuera de temer, que no lo es, no, que intentase corroer su buena memoria. Este era el tiempo, en que familias enteras, que yacian víctimas del hambre y de la peste en los principios de su pontificado, es decir, cuando menos podia, nos dijese, que si no lo habian sido de la muerte, lo deben á los crecidos diarios asignados con que las socorria la mano benéfica de su obispo. Y cuando estas y otras muchas familias y personas de todos estados socorridas quisieran guardar silencio, *si hi tacuerint, clamarián las piedras; lapides clamabunt*. Sí, clamarián las peñas y escarpados riscos de *Castejon, Poblaciones y Pernta*, en cuyos hondos valles no cesará de resonar la voz del agradecimiento para bendecir á su caritativo bienhechor. ¿Y cómo era creible que cerrase sus paternas entrañas á los hijos de su amor y de su celo indi-

gentes y menesterosos, quien solo al oír el nombre de la afliccion y miseria agena, las sentia penetradas y conmovidas de conmiseracion y ternura? ¿Cómo, que les rehusase el alivio que pudiera prestarles en sus necesidades corporales, quien por acudir á su remedio en las espirituales prodigó lo que es incomparablemente mas estimable que el dinero, la quietud, el descanso, el inocente recreo, puede decirse, que hasta la salud y la vida? ¿Cómo, que les escasease el estiércol de unos bienes caducos y despreciables, el que no perdonó sacrificio, por costoso que fuese, para hacerles gozar del mas rico de todos los bienes, el mas precioso que el oro y el topacio, en cuya comparacion todos los de la tierra montan menos que un grano de arena, el que nos trajo Jesucristo en su venida, y el que en su ausencia dejó por herencia y consuelo á sus discípulos? *Pacem relinquo vobis.* El inapreciable de la paz.

De un don tan sublime nos hizo gozar nuestro dulcísimo Prelado en todo el espacio de diez y ocho años que duró su feliz gobierno; pudiendose aplicar con toda propiedad á su pontificado, lo que de la santa ciudad de Jerusalem dijo David, que tuvo por límites y términos á la paz. Con paz empezó, con paz continuó y en paz acabó. La paz fue su principio, la paz su progreso y la paz su fin. *Posuit fines tuos pacem.* Buen testigo y del mayor abono es mi ilustrísimo cabildo. Conserva con el mayor aprecio, y como el documento mas auténtico del ca-

racter pacífico y amable de su difunto y digno obispo el Ilustrísimo señor don Francisco Javier Almonacid, los oficios que en varias ocasiones y con diferentes motivos le dirigió su Ilustrísima; y todos abundan en expresiones de paz, de dulzura y de aprecio á este su amado cabildo, que lo fué en extremo. Si alguna vez se suscitaron dudas en materia de derechos, por hallarse tan confinantes los de la dignidad episcopal con los peculiares del cabildo, que habia dificultad para discernir, díganoslo asi, el punto divisorio; todas se resolvieron armoniosamente sin perjuicio de la paz ni de la justicia.

¿Querrá decirse, que la apacibilidad, la mansedumbre, la suavidad y dulzura eran innatas al temperamento y natural caracter del señor Almonacid? ¿O que no fueron ejercitadas ni probadas con la adversidad? ¡Ah! señores: ¿Qué camino hubo jamás tan llano, en donde no se encontrase alguna piedra de tropiezo? ¿Qué cielo tan claro y sereno que no le obscureciese y alterase algun nublado? ¿O quién vivió tan privilegiado en este mundo, que no sintiese sinsabores y disgustos? Les padeció su Ilustrísima, y muy acerbos y sensibles. Pero adoremos las disposiciones de la divina Providencia, que les permitió sin duda para acrecentar el mérito de su humildad y mansedumbre. No negaré, que tal fuese su índole, y que desde el nacer traia en el fondo de su corazon las semillas de tan apreciables virtudes; pero tampoco podré menos de decir, que á su diligencia y esmero en cul-

tivarlas y fomentarlas se debe el que arrojasen sus frutos en un tiempo y circunstancias en que mas espuestas estaban á sufocarse por la mucha frondosidad, si puede decirse asi, de los aplausos y honores que se le prodigaban siendo profesor de las ciencias. Y añadiré; que los dulces frutos de la paz, ya demostrados en su juventud, se vieron sazonados y abundantes cuando prebendado de Salamanca, y que llegaron á su colmo y último término de perfeccion en la época de su pontificado. Y comprendiéndolo todo en una sola y sencilla proposicion, concluiré diciendo: que todas las sendas que siguió el Ilustrísimo señor don Francisco Javier Almonacíd en la dilatada carrera de su vida, desde su ingreso en la de las letras hasta haberla consumado sobre la silla episcopal de esta santa Iglesia, quedaron marcadas con los hermosos caracteres de la paz, mansedumbre, humildad, benignidad y dulzura. *Via ejus via pulchræ, et omnes semitæ illius pacificæ.*

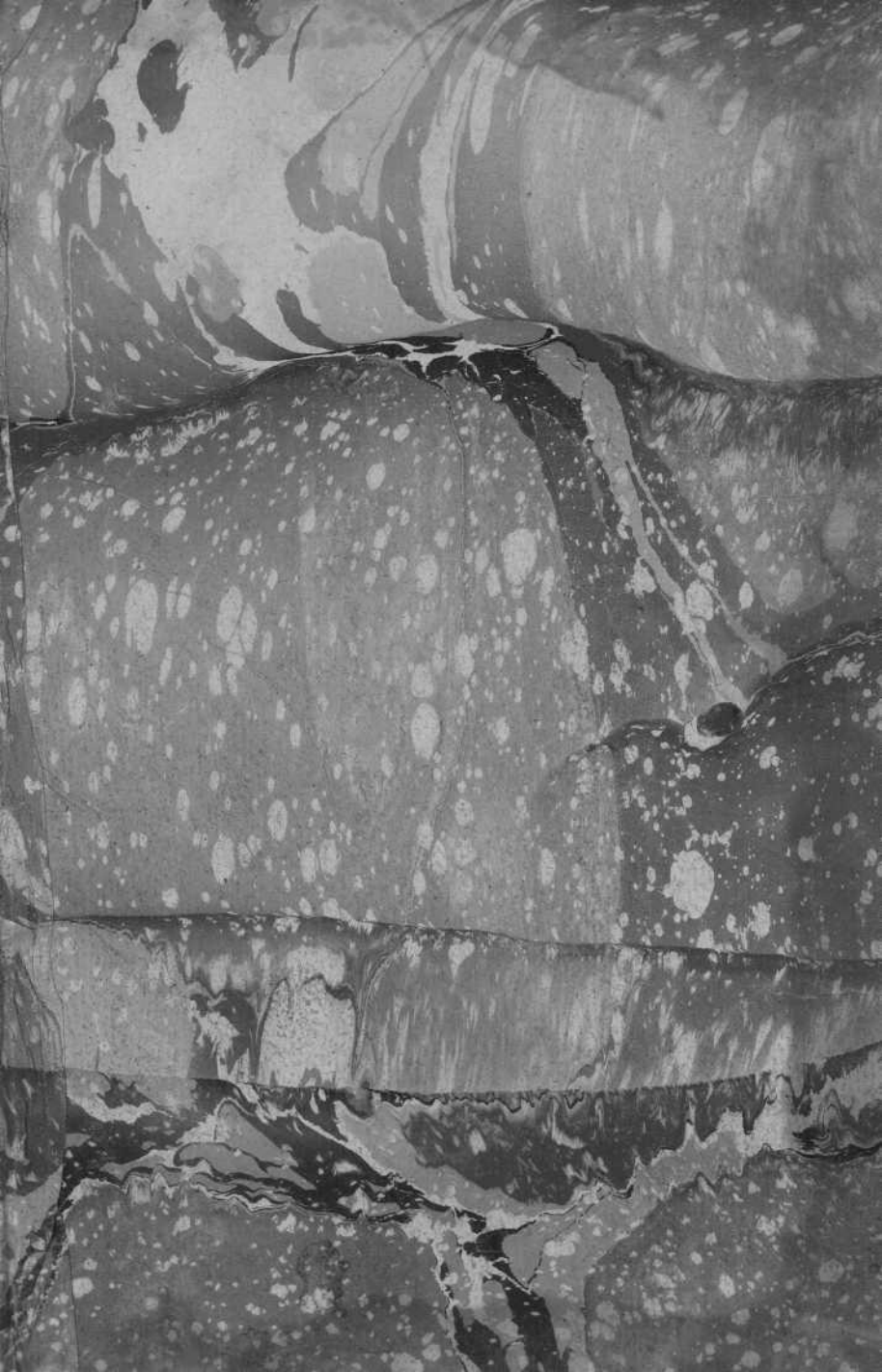
¿Y podremos olvidar á un prelado tan digno de nuestra memoria? No puede ser: será eterna en la diócesis de Palencia. Su nombre, como el del piadoso Josías, será para nosotros tan dulce y tan grato al pronunciarle, como es la miel al paladar, y al oído el sonido de una bien concertada música. *In omni ore quasi mel inculcabitur nomen ejus, et ut musica in convivio vini.* Pero yo no pretendo de vosotros, amados oyentes, una memoria esteril é infructuosa sino compasiva, pia y capaz de aliviarle en sus pe-

nas, si padece las del purgatorio. Porque sin embargo de cuanto os he dicho de sus virtudes, el señor Almonacád era hombre sujeto á las mismas miserias y flaquezas que todos los demas, las obligaciones de su dignidad inmensas, y rec-tísimo el juez en cuyo tribunal ha sido juzgado: si aun le falta algun reato que espiar, ved que implora la piedad de sus hijos aquel padre de nuestras almas, que por hacernos á nosotros eternamente felices empleó sus cuidados, desvelos y oraciones. No le neguemos el socorro de las nuestras, pidiendo á aquel Dios, que le concedió por un efecto de su divina gracia tanta paz en esta vida, que le plazca trasladarle cuanto antes á gozar de la inalterable y eterna en la morada de su santa gloria. AMEN.













15668



56668

